

Palabras a los maestros²

Maestro, enseña con gracia como pedía Rodó. Sin hacerte un retórico, procura dar un poco de belleza en tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal).

Nada con donaire; sabes que tu oficio, que es de ternura, te ha vedado ser seco de corazón; también te prohíbe serlo de lenguaje.

Aprende en el libro moderno y en el antiguo de donosuras del idioma y adquiérelas siquiera en parte.

En San Martín, tu Abraham, Bello, tu Carrera; sus biografías enardecerán más si conoces el adjetivo hermoso que pinta el carácter, el giro hábil que da movimiento al relato, el sustantivo transparente que nombra la virtud que nombra la virtud exacta (la verdadera excelencia).

No te conformes con ser claro, sé, si puedes, elegante en tu palabra. La sobriedad, que tu sabes que es condición pedagógica de tu explicación, es don literario; la naturalidad, que también tu Manual te

² Escritas alrededor de 1918. Lo publica Roque Esteban Scarpa en *Magisterio y niño*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979. *Op. Cit.*, 303-304.

recomienda, es refinamiento artístico; la viveza del relato te la da no sólo tu entusiasmo, sino también tu habilidad científica (consciente, con intención artística).

Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante, no destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca. Hace bien una sonrisa.

Nadie se divorcia impunemente de la belleza, ni el sacerdote ni el propagandista, ni siquiera el mercader.

El descuido de tu lenguaje envuelve cierto desprecio de los que te oyen.

Cuando descuidas tu lenguaje, robas algo a la verdad que enseñas: te robas el atractivo sobre los niños, le robas dignidad.

Te equivocas al pensar que ellos no saben de eso. Como rústico, como el payador, como el picapedrero que canta aires hermosos sobre la cantera, el niño entiende; tienen ambos el instinto, no la ciencia por cierto, de lo divino.

Haz la prueba y te quedarás maravillado.

Léele uno de tantos cuentos insulsos de la pedagogía ordinaria que corren por allí y léele después el *Cuento a Margarita*, de Rubén.

No desprecies al niño, que es toda su vida, porque te desprecies y haz capas tu escuela de todo lo grande que pasa o que ha pasado por el mundo. Harás así pedagogía augusta, no gris, no pobre, no infeliz pedagogía.